

Fiel á su Dios y á sus reyes,
 Fué el enemigo de Hidalgo;
 Pero el enemigo noble
 Merece ser respetado
 Ya va á comenzar el drama;
 Dejadme tomar descanso.

ROMANCE SEGUNDO DE GUANAJUATO.

TOQUE DE GENERALA.

¿Qué propalan con pavura
 Las cajas y los clarines,
 Que se conmueven los cerros
 Cuando los ecos repiten,
 Y semblantes espantados
 Se ven, y semblantes tristes?
 Esas puertas que se cierran,
 Esa agitacion, ¿qué dicen?
 Dicen que Hidalgo sus huestes
 A Guanajuato dirige,
 Y sus pisadas se escuchan
 Como rugidos de tigres.
 Véanse torrentes de sangre,
 Horrores mil se predicen;

Gimiendo la paz, se ahuyenta,
 La guerra se ve terrible,
 Entre el silbar de las balas,
 Y el terror que no se extingue.
 Suenan alarma las cajas,
 Los bronces guerra repiten,
 Y al toque de generala,
 Cual si diese al aire libre
 Centellas de los rencores
 Y de venganzas sin límite,
 Estallaba el odio intenso
 De criollos y gachupines,
 Tornando en antro de horrores
 La ántes ciudad bonancible,
 La de peldaños de plata,
 De riquezas y festines.
 Riaño convoca á los suyos
 Para saber qué deciden.
 De pronto el silencio reina;
 Pero Berzábal, que en lides
 Es diestro, y que entre los bravos
 Como bravo se distingue,
 Con arrogancia indomable
 “*Morir, ó vencer,*” les dice.
 “*Morir, ó vencer,*” las tropas
 Con entusiasmo repiten,
 Y se hace que á los acentos
 De “¡viva el Rey!” se coliguen

Por miles los combatientes,
 Que se sienten invencibles.

Primero se abren los fosos
 Y se levantan trincheras,
 Y los templos y edificios,
 Los terrados y azoteas
 Se vuelven, cual por encanto,
 Sitios de amparo y defensa;
 Despues todo se abandona,
 Pues Riaño insiste en la idea
 De formar de *Granaditas*
 Su fuerte y su ciudadela;
 Y aunque hay parecer contrario,
 Él persistiendo en su tema
 Al fin triunfa, y *Granaditas*
 Será el campo de la guerra,
 Y á la lid se le prepara
 Y para la lid se apresta
 Alhóndiga es *Granaditas*
 En que los granos se encierran,
 Y más que troje, palacio
 Parece por su opulencia.
 Se asienta en robustos muros,
 Y alza la masa soberbia
 En declives de montañas,
 Entre gigantescas peñas,
 A la orilla del camino

Que en la cañada penetra,
 Y que en atrevidos giros
 Por la ciudad culebrea.
 Es un inmenso cuadrado;
 Patios cual plazas extensas,
 Con dilatados salones,
 Con grandiosas escaleras,
 Espaciosos corredores
 Y anchas y largas bodegas.
 Dominan la enorme masa
 Con sus peñascos y crestas,
San Miguel y el Cuarto, montes
 Que en su vecindad se elevan.
 Le ciñe un río anchuroso,
 Que inmóvil raudal de piedra
 Es grande parte del tiempo,
 Que es el tiempo de la seca.
 Bajas, mezquinas ventanas
 En simétricas hileras;
 Detrás azolvada noria,
 Al frente anchurosa puerta
 Víveres á Granaditas
 Y los tesoros se llevan;
 Allí se plantan cuarteles
 Y las familias se hospedan,
 Y patios y corredores,
 Y la altura y las bodegas,
 De gente que se refugia

En confusion hormiguea.
 El pueblo, que ve celoso
 Que á su suerte se le deja,
 Vuelve los ojos á Hidalgo,
 De su letargo despierta,
 Y mira aquellos aprestos
 Con burlona indiferencia.
 Riaño, en tanto, descollando
 Con majestuosa entereza,
 En medio de aquel tumulto
 Se aísla y escribe á Calleja:
 “La honra me manda que luce,
 “Y no me manda que venza;
 “Volad pronto á mi socorro:
 “Socorro; haré cuanto pueda.”

ROMANCE TERCERO DE GUANAJUATO.

28 DE SETIEMBRE.

Sobre dos briosos corceles
Vencedores de los vientos,
Haciendo sonar las peñas
Y despertando los ecos,
De Marfil por la Cañada
Corren dos bravos mancebos,
Fuertes, ágiles, alegres,
De Hidalgo cual mensajeros.
Empuñan robustas lanzas,
Ciñen su temible acero;
Uno es Mariano Abasolo,
Jóven que ya conocemos;
El otro, Ignacio Camargo,
Flor de oro de los guerreros.
Ambos para el Intendente,
De Hidalgo conducen pliegos,

Y del que hace una hora apénas
 Con gozo se desprendieron,
 Porque rendir Guanajuato
 Tiene Hidalgo por objeto,
 Y le empujan en oleadas
 Incontenibles los pueblos.
 "Alto," gritan roncás voces
 En los avanzados puestos;
 "Alto," con coraje intima
 Más allá un destacamento;
 Y al frente de Granaditas
 Y al pié de sus parapetos,
 Refrenando sus caballos
 Los arrogantes mancebos,
 Se anuncian, y en los estribos
 Quedaron mudos y quietos.
 Cayó en la ciudad, cual chispa
 De pólvora en un reguero,
 La nueva de la llegada
 De los bravos mensajeros,
 Y se revisten de gentes
 Las alturas y los cerros.
 Se dan los toques de estilo,
 Cercan á Camargo prestos
 Los soldados; de ancha venda
 Cautos sus ojos cubrieron,
 Ordenándole que marche
 Al colocarle en el centro.

Abasolo queda en tanto
 Muy vigilado en su puesto.
 Riaño á Camargo recibe
 Muy cortés, pero severo,
 Y el jóven, modesto y noble,
 Entrega á Riaño sus pliegos;
 Atento el mensaje toma,
 Mira, y despues de leerlo,
 Con un acento impasible
 Y el rostro digno y severo,
 Despues de tranquila pausa
 Díjole: "Jóven, volveos;
 "Yo responderé muy pronto,
 Consultando con quien debo."
 Vendan de nuevo á Camargo,
 Le hacen los soldados cerco,
 Todos marchan silenciosos,
 Y reina tanto el silencio
 En el concurso curioso
 Que inunda calzada y cerros,
 Que el ruido de las pisadas
 Del grupo del mensajero,
 Se percibia distinto
 Y se escuchaba á lo léjos,
 Notándose que se apaga
 Cuando llegó al parapeto.
 Unido con Abasolo,
 Monta en su corcel ligero,

Y ambos jóvenes galanos,
Arrogantes y contentos,
De Marfil por la Cañada
Corren de Hidalgo al encuentro.

En lo alto de Granaditas,
Grave, tranquilo, sesudo,
Riaño congregó á los Jefes
Y del pliego les impuso.
Es pliego en que anuncia Hidalgo
Que el mando del pueblo obtuvo,
Y en que obediencia reclama
Del intendente y los suyos.
Los españoles su rabia
Encubren con disimulo;
Los soldados, sus fusiles
Miran con bélico impulso;
Pero todos se refrenan,
Y hay silencio de sepulcro;
Mientras el sol alumbraba
De Riaño el tranquilo busto.
Don Bernardo del Castillo,
Capitan de grande influjo
Por generoso y por noble,
Y de parecer maduro,
Clama: "No hay que detenernos;
"No hay que vacilar un punto;

"Vencer, ó morir peleando
"Hasta no quedar ninguno."
A esas voces, con rugido
Sordo responde el concurso,
Y se oyen gritos tremendos
Como remedando el júbilo.
Y "¡oh! mis soldados, mis hijos!
—Riaño entusiasta repuso—
"¿Qué decís? ¿estais resueltos
"A que combatamos juntos?"
Y del batallon de Riaño,
Como estallido robusto,
"¡Viva el Rey!" en hondo grito
Truena, encendiendo el tumulto,
A Berzábal circundando,
Que dominaba en el grupo.



ROMANCE CUARTO DE GUANAJUATO.

RIAÑO Y LA RENDICION DE GRANADITAS.

Y ¿qué es la multitud? ¿qué nos anuncia
Ese sordo rumor que forma el pueblo?
¿Por qué será que desaparece el hombre
Cuando se embebe en el conjunto inmenso?
Porque la liga de dispersos séres
Da vida á un sér sublime, á otro sér nuevo,
Que es terrible, que siéntese infinito,
Y que fatal impónese y supremo.
Esa es la humanidad; ese conjunto
Vocinglero y salvaje, es su remedo:
Palpita el huracan entre sus brazos,
Como en las cañas azorado ciervo,
Y pasa sollozando entre sus olas,
Como tórtola viuda, el ronco trueno.

El hombre puede destrozarse del monstruo
 Con hierro y fuego los robustos miembros;
 Pero él renacerá, muros y fuertes
 Con soplo omnipotente derritiendo!
 La intriga, y la impostura, y los cañones
 Forjarán los tiranos con despecho;
 Pero ¡ay de ellos si el pueblo se levanta
 Ofendido vengando sus derechos!
 Hidalgo, y los caudillos y banderas
 Son lo visible; lo íntimo y supremo
 Es el gemir del miserable esclavo,
 Es el azote cruel al indio abyecto,
 Son las hogueras que en tu santo nombre,
 Sagrada religion, están ardiendo!
 Y ese tropel desnudo, ese conjunto
 Es nuestra vida, y es de hermanos nuestros:
 A ellos desciende tu poder divino,
 Los acompañas tú, Dios de los pueblos!
 Es inmensa la masa, desaparecen
 Las cañadas y cumbres de los cerros,
 Y en giro incontenible la corriente
 Flota, se arremolina, corre á trechos,
 Y se rompe en mil gritos de victoria
 Que hacen temblar los montes con su estruendo.
 Así la turba ruge y se contiene
 Al frente del odiado parapeto,
 Mientras de Granaditas se disparan
 Vivos torrentes de nutrido fuego.

Ruge la multitud, hincha sus olas
 E invade fiera el enemigo cerco;
 Mientras otra fraccion salta en las rocas
 Hasta tocar la cima de los cerros;
 Como estallando del volcan el cráter,
 Lanza á lo alto de peñas los fragmentos,
 Entre fuego y cenizas chispeantes
 Y en revueltos turbiones de humo negro.
 Los dragones realistas, despeñados
 Cual torrente de rocas, esparciendo
 La muerte y el terror, ruedan, dejando
 Los regueros de heridos y los muertos.
 Con ímpetu feroz se precipitan
 Otras chusmas, del rio dentro el lecho,
 Y rompen piedras, proyectiles dando
 Con incesante afán á los honderos,
 Que forman de la Alhóndiga en la altura,
 Nublando el aire, alzado pavimento.
 El gemir, la blasfemia, el alarido,
 Repercuten los montes á lo léjos,
 Y el ¡ay! de los heridos, entre el rojo
 Vapor de sangre que levanta el trueno
 Todo era la locura de la rabia,
 Era como el delirio del tormento,
 Era, ¡gran Dios! de la embriaguez de sangre
 La horrible confusion y el desconcierto.
 Riaño percibe débil en un punto
 De sus valientes tropas el esfuerzo;

Vuela á su auxilio, avánzase al peligro,
 Con grave majestad, pero resuelto.
 En su marcha interpónese la muerte,
 Y con su noble sangre empapa el suelo
 Se levanta alarido de venganza
 La nueva pavorosa difundiendo
 Toma el cadáver, anegado en llanto
 Terrible de dolor, su hijo Gilberto,
 Y la lid se renueva destructora,
 Cual si fuese de tigres carniceros.
 Entónces los patriotas, que oponían
 Brazos inermes y desnudos pechos
 Al plomo fratricida y la metralla,
 Piden auxilio al horroroso incendio,
 Y en rojas lenguas álzanse las llamas
 Destrucción y pavora desparciendo.
 Las ventanas del fuerte vomitaban
 Frascos enormes de colado hierro
 Hinchidos de metralla, que estallando
 Con el fragor del impetuoso trueno,
 Dejaban como rastro de su paso
 Entrañas de hombre y destrozados miembros.
 Cunde el mar de la llama, la atizaban,
 Audaces desafiando el vivo fuego,
 Algunos que con losas á la espalda
 Se arriman á la puerta, tú el primero,
 Por *Pípila* en la historia conocido
 Bajo el risible apodo, héroe del pueblo.

Hace fango la sangre, el paso estorban
 Los montones enormes de los muertos:
 Sangrando los heridos discurrían
 Como al acaso, salvación pidiendo,
 Y avanzan los de Hidalgo incontenibles,
 Y “¡muera el gachupin!” repite el pueblo.
 Créen que se pide paz, que al aire flotan
 En mástiles erguidos blancos lienzos;
 Pero ¡traición! repiten los que miran
 Que, léjos de cesar, se aviva el fuego.
 Entónces, voces mil, como salidas
 De la ancha boca del maldito infierno,
 Gritan: “no más piedad!” y dentro el fuerte
 Con recio empuje comenzó el degüello.
 ¡Cuánta escena de horror! ¡cuántos horrores
 Al través de los tiempos estoy viendo!
 Los niños, las mujeres, los ancianos,
 La matanza, la sangre y el incendio
 Dejemos tanto horror, dejad que al cuadro
 Mi mano temblorosa ponga un velo

México está triunfante; esos horrores
 Fueron de los verdugos de los pueblos;
 Los que siembran rencores, no se asombren
 De cosechar venganzas y escarmientos.
 México es vencedor; alza la frente
 De gloria y de poder radiante el pueblo!
